

EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).
Alarcon (D. Pedro Antonio).
Albaladejo (D. Tomás).
Alcalá Galiano (D. José).
Alvarez (D. Miguele de los Santos).
Arnao (D. Antonio).
Arieta (D. Emilio).
Balart (D. Federico).
Barbieri (D. Francisco Asenjo).
Benedicto (D. José).
Benítez (D. José).
Blasco (D. Eusebio).
Castro y Serrano (D. José).
Catalina (D. Manuel).
Casado del Alisal (D. José).

Céspedes (D. Dario).
Chico de Guzman (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan).
Eslava (D. Hilarión).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fortuny (D. Mariano).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
García y García (D. José).
García Santisteban (D. Rafael).
Haes (D. Carlos).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Jimenez Delgado (D. Juan J.).
Jimeno Agius (D. José).
Jimeno (D. José Ildefonso).
Jimeno (D. Roman).

Liniers (D. Santiago).
Maroto (D. Eduardo).
Mélida (D. Enrique).
Mora (D. Juan de Dios).
Moran (D. Jerónimo).
Perez Gostio (D. Leandro).
Pujol (D. Juan Bautista).
Romea (D. Julian).
Sans (D. Francisco).
Sanz (D. Enlogio Florentino).
Selgas (D. José).
Serra (D. Narciso).
Trueba y Quintana (D. Antonio).
Vega (D. Ricardo de la).
Vergara (D. Mariano).

AÑO I.

DOMINGO 28 DE OCTUBRE DE 1866.

NÚM. IV.

SUMARIO.

EL RAYO DE LUZ, por D. Isidoro Fernandez Flores.—EL COLLAR DE PERLAS (continuacion), por D. Santiago de Liniers.—SONETO, por D. Jerónimo Moran.—DOS HERMANOS (balada), por D. Juan José Herranz.—BIOGRAFIAS ARTISTICAS (Zarzillo), por D. Ramon Chico de Guzman.—REVISTA LIRICA, por D. José Ildefonso Jimeno.—VARIEDADES.—ADVERTENCIA.

EL RAYO DE LUZ.

¿Qué era el mundo antes de que el primer rayo de luz se desprendiese de la corona de Dios? Era como hermosura oculta bajo impenetrable crespon, como tesoro perdido en un océano de sombras. Mas el rayo de luz cayó sobre la tierra; y el manto de oscuridad trocóse en espléndido chal de colores.

Donde cae un rayo de luz cae la mirada de Dios. Él toca la piedra y la convierte en brillante deslumbrador; él se tiende por los cielos y los tornasola; él besa las cumbres de los montes y las enciende en vivas llamas; sin él no hay alegrías en la vida, ni encantos en la naturaleza. La existencia es amable, porque nace y se nutre de un sublime rayo de luz, del alma. La tumba nos espanta porque allí no hay un rayo de luz.

Ved lo que es el mundo sin un rayo de luz; miradle envuelto en las sombras de la noche. Yace inútil el arado en los campos; duerme también la inteligencia en las ciudades; el hogar es para la humanidad sepulcro de algunas horas. Todo es silencio y tinieblas. Pero elevase poco a poco a través de la oscuridad una abrigada bruma que llena el espacio. Es el día que entreabre perezoso sus sonolientos párpados: un rayo de luz, coronando de fuego el universo; azota con impacientes resplandores los altos edificios, en cuyo seno

reposa el hombre. Entonces un sonoro murmullo, un vapor de alegría más bien, se alza de los campos y las ciudades: muchedumbres sin fin brotan como humanas semillas bajo aquel resplandor vivificante, y tórnase el silencio en cantares, las sombras en fulgores, la tristeza en júbilo, y nuestras moradas, sepuleros del sueño, en cunas del trabajo.

Bien venido, pues, sea el primer rayo de luz.

El rayo de luz viene de lo alto y nos trae los misterios de la religion que el hombre siente y no comprende. Es una revelacion irresistible; habla al espíritu de regiones desconocidas, en signos que fulguran, lenguaje del alma que se escucha a veces en sueños; voces de ángeles, promesas de venturas desconocidas, paraísos de glorias y delicias, eslabonados en interminable cadena.

Si dudais lo que digo, penetrad en el angusto recinto de nuestras catedrales.

A través de los vidrios pintados que decoran los altos rosetones, un rayo de luz descende en argentada oblicua sobre las viejas lápidas del pavimento; toca la piedra y deshácese, al tocarla, en polvo bullidor de chispeantes átomos. Un génio misterioso ha tendido, al parecer, desde las anchas losas hasta la afiligranada ojiva una escala de luz, por la cual suben y bajan, se revuelven y agitan como en fantástico flujo y reflujo, ondas de fulgores, nubes de microscópicas estrellas, bandas sin fin de iris centelleantes, tan sutiles, tan ténues, tan efímeros, que se quiebran con el suspiro de una plegaria, que desaparecen arrobados en el aliento de una oración, que aniquila, en fin, el ruido de algun humilde ósculo impreso en el sagrado polvo del recinto.

En esa misteriosa escala de fuego, en esas caprichosas estampaciones de colores que aquí y allá, sobre altas columnas y venerandas efigies se dibujan, hay algo más que una ilusion óptica, más que simples átomos de púr-

pura y oro, deshojándose como flores de luz sobre los altares. El alma se baña en el rayo de luz, viajero feliz de aquella vía láctea que se destaca en la oscuridad de la anchurosa nave.

¿Qué dicha es comparable con la de la madre que contempla á su hijo apaciblemente dormido en la cuna que mece amorosa, si en la frente del alma de su alma brilla, puro y sereno, un rayo de luz? En aquella faz sonriente cree ya ver el presagio de un porvenir venturoso; en su faz brillan para ella todos los encantos de la hermosura, los rasgos del valor y del génio: una lágrima de placer asoma á sus ojos; pero las nubes absorben el rayo de luz, la frente del ángel se anubla y un velo de tristeza cubre su rostro: ya no sonríe; ¡pobre madre! tampoco el rayo de luz ilumina su alma; siente oprimirse el corazón; ha visto pasar el dolor por el semblante de su hijo, y aquella lágrima que la alegría hizo subir á sus ojos, rueda al fin preñada de amargura.

Un rayo de luz es la vida.

Ved, si no, al miserable náufrago luchando con las revueltas olas en la oscuridad de la noche y entre los restos destrozados de su navío. Su angustiosa mirada se pierde en una lóbreguez sin término. Sobre su cabeza las sombras del cielo; á su alrededor las sombras del mar: y á corta, muy corta distancia, la costa por que suspira y que las tinieblas velan á sus ojos. Rendido por el cansancio y la desesperación, dirige al cielo una postrera mirada; un rayo de luz es lo que demanda, y en vano. Siguiendo entonces un fatal instinto, se pierde mar adentro. El rayo de luz aparece más tarde y brilla sobre la superficie del mar.... ¡Está desierta!

El rayo de luz es un invasor incansable: allí donde cede la materia estiende su imperio. Si quereis presenciar uno de sus triunfos, venid conmigo á esas gigantescas cadenas de montañas que dividen los reinos del mundo como diques puestos por Dios á la ambición de los déspotas. Al pié de esas montañas vereis turbas de hombres que trabajan sin descanso y que un día y otro rompen uno y otro hierro en el corazón de la roca. Esa muralla de granito se opone al paso del hombre; éste se le abrirá á través de ella. Por los opuestos lados en que terminan las faldas de la cordillera, una nube de humo oscurece ya el aire: es el aliento del caballo del siglo, del vapor, que aguarda impaciente la victoria de los hombres. Días y cientos de días resuenan de eco en eco por las soledades erizadas de gigantescas peñas, el estampido del barreno, el metálico son de las palancas, el estrépito con que ruedan por las vertientes hasta el valle troncos de árboles, y tierra y plantas, y moles desprendidos de su natural asiento. Ejércitos de trabajadores tienden á encontrarse en las profundidades de la montaña, y día y noche consumen sus fuerzas y su existencia con ardor inextinguible. A veces, sin embargo, sus brazos caen á plomo con desaliento y sus manos calladas sueltan la ya inútil herramienta; á veces los gritos de dolor, los quejidos de los moribundos, resuenan bajo escombros, poniendo miedo en el corazón más fuerte; pero un día, quizás en un momento de angustiosa impotencia, al golpe del ariete contesta por el opuesto lado otro rumor sonoro que les estremece de júbilo. ¿Qué sucede, más tarde, que esos rudos trabaja-

dores doblan la rodilla en tierra descubriéndose con respeto? En el fondo de la roca ha aparecido por fin el rayo de luz; la cordillera es ya un arco triunfal que une dos pueblos.

El tibio rayo de luz que desprendido de las trémulas estrellas se pierde entre la espesura del bosque solitario en apacible noche, habla á los corazones enamorados de goces puros é inefables. El rayo de sol que se refleja de súbito sobre los bruñidos cascos y petos de guerrero escuadron, inflama los corazones ávidos de gloria. El rayo de luz con que se anuncia el alba, es un resplandor de alegría; aquel con que muere la tarde, llena el pecho de inesplicables amarguras. El rayo de luz que esclavizado por la ciencia se quiebra en el cristal fotográfico como una lluvia de plata, copiando ciegamente las formas de la naturaleza, no es más poético que el rayo que abrillanta la gota de rocío.

Pero allí donde muere el rayo de luz, allí no vuelve á brotar la dicha, allí empieza la muerte.

¿Qué es el hombre cuando se eclipsa en él ese rayo de luz celestial que llamamos alma? ¿Qué será el universo cuando se estinga el postrer rayo de luz?

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

EL COLLAR DE PERLAS,

CUENTO INVEROSIMIL

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

Continuación.

VI.

Pocas cosas hay que me gusten tanto como una buena letra; los rasgos de un pendolista me estasian y arroban, y nada me seduce más que la valentía de un pulso que traza de un golpe una voluptuosa M mayúscula, una robusta B ó una elegante J.

Por otra parte, no sólo no censuro, sino que comprendo y hasta apruebo la admiración que al génio produce sus propias obras; y por tanto, ni me sorprende ni me pasma que D. Cosme, hábil pendolista, ocho días después de la terrible noche de que me acabo de ocupar, se pasase horas enteras sentado delante de su mesa con la pluma en una mano, sosteniendo su cabeza con la otra y contemplando en amoroso arrobamiento un pliego de papel de cartas, en el que parecia que acababa de escribir un renglon, y digo que parecia, porque cualquier curioso que se hubiese dedicado á seguir la pista de las acciones de D. Cosme, pudiera haber observado que desde hace más de diez días tiene trazado aquel renglon que tanto parece preocuparle, y que no trascurren veinte y cuatro horas sin que se pase por lo menos una contemplándole, meditando sin duda añadirle algunos más, pero dejando siempre en tal estado tan atrevido pensamiento.

Lo escrito, eso sí, era maravilloso: las palabras, pocas, pero su ejecución estremada, y las ilustraciones de algunas de ellas admirables.

Para cualquier profano en los secretos de la caligrafía, el renglon decia lisa y llanamente: «Mi querido Pascasio.»

Para los iniciados en esa misteriosa ciencia, y aun para los que sin comprenderla la admiran, entre cuyo número me encuentro yo, esas tres palabras escritas por la ejercitada mano de D. Cosme, significaban todo un poema.

«Mi querido Pascasio» es una frase sencilla á la par que espresiva; pero el tierno y delicado afecto que indica esta agrupacion de palabras aplicada á una persona, pierde algo de su pureza y sublimado valor en fuerza de lo repetidas y manoseadas que se ven, y de la poca relacion que suelen guardar con el contesto de la carta á cuya cabeza se colocan.

«Mi querido Fulano, solemos escribir muchas veces, házme el favor de prestarme veincinco duros.» Bárbaro conjunto de palabras, pues mal se puede querer á una persona á quien se le trata de privar del uso legítimo de sus cosas, y mal puede ser de uno un sugeto á quien hay que pedirle dinero, pues si fuera de nuestra pertenencia, como parece indicar el traidor del pronombre posesion, con meter la mano en el cajon de su gabeta y sacar los 500 reales, se escusaba el favor y hasta la carta.

«Mi querida Fulana,—solemos escribir otras veces;—ayer te ví hacer guiños en el Teatro Real á un teniente de artillería: házte cuenta que no me has conocido nunca, y olvídame, etc.» Mal avenidas razones, que olvido y cariño braman de verse juntas; y llamar suya á la que se cede á un artillero, es error contra la gramática, contra la division de fueros y hasta contra el sentido comun.

Sin embargo, el «Mi querido Pascasio» de D. Cosme estaba de tal manera escrito, que no permitía abrigar la más ligera duda acerca de la perfecta armonía que habia de guardar con la carta que comenzaba, cuando llegase la ocasion de continuarla.

No parecia sino que todo el cariño que hacía su hermano sentía, toda la tristeza que le ocasionaba la negativa de su hija, todo el afecto con que queria pagar á D. Pascasio aquellos rigurosos desdenes que le cerraban las puertas de su casa; no parecia, digo, sino que todos los sentimientos que comprimian y atribulaban el compasivo corazon de D. Cosme hubiesen pasado á su pluma para trazar aquel maravilloso renglon.

No podia darse mayor dulzura en la graciosa curva que adornaba la *M* inicial y que parecia abrazarla tierna y cariñosamente; nada más desmayado que la terminacion de la *i*, como si quisiese indicar que la idea de perfecta unión que la palabra espresa, tenia que quedar manca é incompleta; nada más espresivamente doloroso que el rasgo de la *Q* con que empezaba la palabra Querido, ni nada más elocuente y conmovedor que la ondulante *P* de Pascasio, que parecia formada por un quejido de la pluma que la trazara.

Si fuese posible aplicar el nombre de una figura retórica al arte de Iturzaeta y de D. Rufo Gordó, diria que el tal renglon estaba preñado de una singular armonía imitativa. Si creyera en el magnetismo, diria que aquellas palabras eran una emision magnética de primer

grado; mas como tengo igual horror á los barbarismos literarios que á los barbarismos filosóficos, me contento con decir que aquel renglon encerraba todo el pensamiento de D. Cosme, y que despues de él, ya no se podia decir nada.

A esta razon, y no á otra, debe atribuirse que don Cosme no añadiese nada en el espacio de tantos días á aquellas pocas palabras, en las que ya habia consumido toda su fuerza de espresion y agotado toda su elocuencia.

VII.

Entre tanto, doña Brigida, asustada de la profunda impresion que en Irene habia causado el proyecto de matrimonio, trataba de pagar con halagos y caricias, ¡dulce moneda de las madres! el mal rato que la habia hecho pasar con sus proposiciones.

De vez en cuando, y por una debilidad disculpable, solia mezclar con sus maternales consuelos alguna alusioncilla al bienestar y comodidad que podria proporcionarla la boda con su tio; pero casi siempre un suspiro ó una lágrima de Irene la hacian arrepentirse de sus malévolas insinuaciones, y hasta se regañaba á sí misma, la pobre mujer, por dejarse dominar por sentimientos tan groseros y materiales.

—«Cuando te digo que no tengas cuidado, solia decir á su hija, cuando te digo que no se ha de hacer nada sin tu voluntad! ¡pues no faltaba más! Por amor me casé yo con tu padre, y bendito sea Dios, que aunque pasamos nuestros apurillos en los primeros años, despues nunca nos ha faltado la gracia de Dios; que al cabo y al fin, no deja á nadie morir de hambre; no es esto decirte que cuando se pueden juntar las dos cosas, y si por ejemplo Fernandito viniese de América...

—¡Mamá!

—No, si no es más que una suposicion; por lo demas, tú le quieres, y «contigo pan y cebolla;» mejor fuera que comieses perdices; pero en fin...

—Yo no necesito nada para ser feliz más que vivir con él; y por el contrario, en cualquiera posicion, por brillante que fuera, me creeria la más desgraciada de las mujeres como no estuviera á su lado.

—Si todo eso está muy puesto en el orden y yo te lo apruebo; pero la verdad es que el tiempo se pasa y él no *sale* siquiera á oficial; ya se vé, como que todo el día se le pasa en ese dichoso portal de ahí enfrente, que no parece sino que...

—Pues ya ve usted, y con estos disgustos más.

—¡Como más!

—Pues es claro, el pobrecillo así que supo lo del tio.

—¿Para qué se lo has dicho?

—¡Eso es, iba á callárselo! Así que ha sabido lo del tio, dice que no puede pensar en otra cosa, y que no se mueve de la esquina de miedo de que entre sin que le vea y...

—¿Y qué?

—Y... vaya usted á saber lo que él se figurará: que me robe ó cosa semejante.

—¡Muchacha! pues qué, se roba así como así, ¡vaya! ¡vaya! ya puedes decirle que se deje de tonterías, que se aplique, que estudie, y á ver si esto se concluye

cuanto antes y os casais... eso es lo que tiene no tener una posición; que se pasa la vida haciéndose guñíos y monadas.

—¡Eso es, regañeme usted!

—¡No, mujer, no; no te regaño; vaya por Dios! ¡que estás de mirame y no me toques, y se necesita tratarte con mimo!

—Yo no incomodo á nadie, contesta Irene, preñados los ojos en lágrimas... y con voz anublada y plañidera; ustedes mandan y yo obedezco; hagan ustedes de mí lo que quieran; pero siquiera (sollozos secos) déjenme ustedes quejarme y sufrir en silencio (sollozos tempestuosos), y... so... bre... todo... dejen... me ustedes... llo... llo... rar; y la pobre Irene, para probar que tenía un derecho indisputable al llanto, rompía á llorar en medio de suspiros y exclamaciones entrecortadas, y con acompañamiento de compungidos y nerviosos sollozos, que llenaban de angustia á la buena doña Brígida, y lo que es más extraño, la contagiaban de tal manera que concluía por abrazar á su hija y llorar con ella como si también tuviese que casarse con D. Pascasio.

—Calla, calla hija mía, la decía vertiendo lágrimas como puños: calla, que estos son trabajos del mundo, y tú eres joven, y todavía has de pasarlos mayores: no te aflijas tontilla, añadía pasándole la mano por la frente, y separando el desordenado cabello que sobre ella caía: ea, se acabaron estas cosas, y todos estamos más contentos que unas castañuelas; y aquí arreciaba el torrente de lágrimas de doña Brígida: consuélate pichoncita mía, y mira á tu madre que te quiere más que á su vida; que contenta está y que... despues de esto el llanto no solía ya durar más que una media hora, al cabo de la cual se levantaban Irene y doña Brígida para volver á empezar el mismo paso á los pocos minutos.

Casi siempre sucedía, y al decir sucedía, claro está que supongo que nadie pensaba en disponer las cosas de modo que sucediese, que D. Cosme volvía de la oficina ó de dar un paseo por la montaña del Príncipe Pio, en el momento en que el sentimiento de su mujer é hija, elevado hasta el paroxismo, se manifestaba de la manera más ruidosa y alarmante.

El pobre D. Cosme, que desde la desventurada noche de la carta no había oído una palabra buena en su casa, atravesaba el comedor como ánima precita y abandonada, y despues de contemplar el triste cuadro que se ofrecía á sus ojos, se encerraba en su cuarto, sacaba del cartapacio la comenzada carta á su hermano, y cada vez acertaba menos á añadir algo al *Mi querido Pascasio*, que ya empezaba á ponerse tan amarillo como probablemente estaría la apreciable persona á quien se dirigía.

D. Cosme no estaba acostumbrado á esa vida; le hacía falta la conversacion de su hija, echaba de menos los regaños de su mujer, y no pocas veces, de las infinitas en que las sorprendía en aquel estado, estuvo en poco que él también, causa de aquellas desazones, hiciese coro á su familia llorando la desgracia de tener un hermano rico indiano y que quisiese casarse con su hija.

Un día ya no pudo contenerse: era el vigésimo desde que había recibido la carta de su hermano y desde que

la paz había huido de su casa; al ver por la cuadragésima vez convertido el antes tranquilo comedor en despacho de diligencias antes de la partida del coche, ó capilla de ajusticiado, entre severo y risueño se acercó á su mujer, la separó de su hija, dió á esta un beso, y dijo:

—Vaya, se han concluido las lágrimas ¡estamos! si he dicho algo que os haya incomodado haced cuenta que no lo he dicho; con que sigan las cosas como estaban y no haya más gemir ni lloriquear por los rincones. Bueno, bueno, añadió entre sonriente y mohino dominando su emoción al sentir que Irene le abrazaba; hemos concluido, «en haciendo lo que quiero tengo un genio como un cordero.»

Desde entonces la calma volvió á reinar en la casa, y nadie volvió á hablar del casamiento con D. Pascasio, ni á acordarse del santo de su nombre, con escepcion de D. Cosme que ya había tomado tal costumbre de pensar escribirle, que no podía ponerse á comer ni irse á la cama sin contemplar gran tiempo el renglon inicial de aquel proyecto de carta, más aplazado que si fuese de economías ó de arreglo de la Deuda.

SONETO.

Ciego adoré tu mágica hermosura,
Y á su poder sujeto mi albedrío,
Cada paso en mi amor fué un desvarío,
Cada protesta amante una locura.

Hoy recuerdo tal vez con amargura
Cual pudo alucinar el pecho mío,
Alternando el favor con el desvío,
Tanta falta de fe, tanta impostura.

Como siempre al inerte le encadena
Quien su debilidad artero espía,
Juguete fué de tu razon serena

La pobre y ofuscada razon mía.
Mas plegue á Dios, que, pues pasó mi pena,
No sufras tú la del talion un día.

JERÓNIMO MORAN.

DOS HERMANOS.

BALADA.

Ronca la tormenta ruge
Que el mar en su seno fragua;
Juguete de viento y agua
Un leño se agita y cruge:

Dos niños con rudo empuño
Llevan las olas que crecen,
Y más que niños, parecen
Pedazos del mismo leño.

La tempestad no desmaya:
Tristes los niños se quejan,
Y las olas no se alejan,
Y no se acerca la playa.

Ya con arrogancia suma
Se eleva una ola imponente,
Que ostenta sobre su frente
Una corona de espuma.

Se acerca,—lloran en vano,—
Pasa con pujante brío,
Y un niño dice:—¡Dios mío!
Y el otro grita:—¡Mi hermano!

Y abrazá con efusion
Al hermano que se aleja,
Pero al abrazarle deja
La tabla de salvacion.

El sol en el cielo brilla,
Y la mar se duerme en calma:
Dos cuerpos yacen sin alma
Abrazados en la orilla.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

BIOGRAFÍAS ARTÍSTICAS.

ZARZILLO.

Si este profesor hubiera vivido en el siglo XVI, sería igual á los grandes maestros de aquel tiempo; pero nació en el peor que tuvo España para la escultura, y en una ciudad en que no había modelos que imitar ni maestros que enseñasen.

(CERAN BERNÚDEZ, *Diccionario de Bellas Artes*.)

Pocos españoles, á escepcion de los hijos de Murcia, conocerán á Zarzillo, al modesto escultor, cuya vida tranquila se deslizó siempre sin salir de los muros de la bella ciudad que le vió nacer, prefiriendo el manso arrullo de las aguas del Segura al atronador estruendo de la fama, y el cielo de su patria, el cariño de su familia, el aprecio de sus conciudadanos, al falso brillo de una existencia más gloriosa, pero más agitada.

El escultor Zarzillo es una gloria de nuestra patria, uno de esos predilectos hijos del arte, honra y orgullo de las naciones que tienen la gloria de poseerlos; si hoy no está á la altura de Alonso Cano y Berruguete no es culpa suya; las joyas de su génio, las maravillas de su buril, claman por él muy alto; quieren romper con desesperada fuerza las puertas del olvido, para hacerle un digno lugar en las páginas de la historia; pero la desidia de sus conciudadanos, el abandono de sus compatriotas que han escondido esas joyas y han ocultado esas

maravillas, es únicamente responsable del olvido en que yace su nombre.

D. Francisco Zarzillo y Alcaráz nació en Murcia el día 12 de mayo de 1707; fué su padre D. Nicolas Zarzillo, escultor italiano que vino á España desde Cápua á mediados del siglo XVII.

Como se vé, el escultor murciano nació en mala época; el movimiento artístico de los siglos XVI y XVII había lanzado sus últimos destellos; España entraba en el período de decadencia; el estilo plateresco de la arquitectura parecía haber ahogado, bajo el peso de sus recargados chapiteles y sus retorcidas columnas, los últimos restos del buen gusto, y todo anunciaba un largo período de marasmo que nada fuera bastante á galvanizar. Zarzillo tenía que luchar con sus maestros tanto como consigo propio; tenía que sobreponerse á su época antes de adiestrar su brazo, y para eso no le bastaba talento, necesitaba el fuego sagrado del arte, no había menester ciencia, le hacia falta génio.

No teniendo maestros que imitar, imitó al gran maestro del arte, la naturaleza; ella inspiró á su buril aquellas magníficas creaciones, y cuando fué necesario sacar las figuras de ese círculo de hierro para lanzarlas en el ideal del arte, Zarzillo arrancó de sí mismo un soplo de su génio y brotaron de sus manos, *El Angel de la oracion del huerto*, *El Señor de la caída*, *La Virgen de los Dolores*. Aparte de estos destellos sobrehumanos, Zarzillo era, y no podía menos de ser, eminentemente realista; los bultos, los pliegues, el colorido de sus figuras, son de una verdad irreprochable y si las actitudes han podido criticarse, si la exageracion de los desnudos, si el lujo de las musculaturas ha dado campo á ciertas acusaciones, no ha podido, sin embargo, despojarle de la cualidad referida; para nosotros, Zarzillo no tiene más defecto que ser, en ocasiones, más realista que la realidad; sus profundos conocimientos anatómicos le han hecho abusar algunas veces de una erudicion poco generalizada; pero cuando ha querido forzar una figura, cuando ha querido exagerar una actitud, lo ha hecho siempre sin salirse del dominio de lo verosímil, de las leyes del realismo, y sólo una mirada inesperta ó un examen superficial puede encontrarle un reproche donde se merece un aplauso.

Séanos permitido *describir* aquí algunas de sus obras, teniendo presente que escribimos para los que no han visto las producciones de este escultor; los que las conocen encontrarán seguramente nuestra pintura pálida; tarea imposible sería describirlas todas, pues, segun se asegura, ascienden á *mil setecientas noventa y dos*; haremos, pues, mencion sólo de las más importantes entre las muchas que hemos podido ver.

Las imágenes de los pasos de Semana Santa figuran al frente de las producciones de Zarzillo, y no podemos menos de detenernos sobre algunas de ellas, muy dignas de llamar la atencion.

El beso de Judas. Se compone de cinco figuras; la de Jesús tiene una espresion digna y resignada y una noble actitud; la de Judas, es indudablemente más débil y menos espresiva; pero una y otra ofrecen una curiosa particularidad, están formadas de un mismo tronco, y á pesar de eso, á pesar del íntimo enlace de las

dos cabezas, pues el falso apóstol apoya sus labios sobre la frente del Redentor, la actitud de ambas es suelta y natural, y no hay nada en el grupo de amaneramiento ni de forzada ligadura, no están pegados, están juntos los dos personajes, y esta union está hecha con tal sencillez y propiedad, que parece que un movimiento cualquiera bastaría á separarlos. La figura más notable de este paso, es indudablemente la de San Pedro, que está en actitud de darle á Marco la cuchillada; la mano y el brazo que sustenta la espada, son de una musculatura admirable. Unos alemanes quisieron comprar este brazo á un precio exorbitante, y aun parece que hicieron proposiciones al sacristan comprometiéndose á reemplazarlo con una copia para que no se notase la sustitucion.

La virgen de los Dolores. No tiene más que una figura, una sola; pero qué magnífico, qué admirable poema de dolor! Dolor inmenso, sobrehumano, supremo é infinito; el dolor de los dolores, aquel dolor indescriptible que debió sentir al pié de la cruz la madre del Redentor; en aquellos dulcísimos ojos parece encontrarse la fuente de todas las lágrimas; en aquellos labios entreabiertos parece que se ve nacer el primer sollozo y el primer suspiro que hace diez y nueve siglos las generaciones repiten de eco en eco, y que repetirán siempre, mientras quede un resto de la creacion y un átomo de la humanidad.

De esta imagen se refiere una tradicion tan sencilla y tan tierna, que nosotros no podemos resistir al deseo de darle publicidad. Sabido es de todos que la virgen de los Dolores es el fiel retrato de la hermana de Zarzillo, que le ayudaba en sus trabajos, y le sirvió de modelo para su produccion; pero de lo que quizás no se tiene tan general noticia es del inmenso embarazo del concienzudo artista al atacar una obra de tanta importancia y de tan difícil realizacion. Ya se comprenderá que era imposible inspirar á un modelo la idea que germi- naba en su mente y poder conseguir de él una actitud que correspondiera al pensamiento que brotaba en su imaginacion; un día, en medio de sus ensayos y vacilaciones, se le ocurrió una idea, idea de artista que á pesar de lo extraordinaria y arriesgada, puso inmediatamente en ejecucion. Su hermana era madre; su hermana adoraba en su hijo con ese cariño que sólo se concibe dentro del sentimiento maternal; el escultor robó aquel niño, ocultó cuidadosamente su paradero, esparció sobre su desaparicion siniestros rumores, y el día que la ansiedad y la amargura de la madre llegaban á su colmo, el día que su existencia parecía romperse bajo el peso de tanto dolor, Zarzillo la llevó á su estudio, copió aquella desolada figura, prestóle algo de su inspiracion divina, y brotó aquella virgen que hoy contempla arrodillado el pueblo de Murcia lleno de santa fe y religiosa admiracion.

La cena. Tiene trece figuras: la del Salvador es la más notable; el Bautista reposa sobre sus muslos: los apóstoles están admirables de verdad, y sus posiciones son muy naturales, todas las figuras no dejan nada que pedir á la más exigente crítica; no desdichan en nada de las demas producciones del escultor; pero nos vemos precisados á confesar que le faltan aquí esos destellos de talento, esas chispas de génio que se admiran

en sus demas obras. La cena puede dar nombre á un artista; pero quizás no estamos conformes con algunos inteligentes: á Zarzillo le hubiéramos pedido más

(Se continuará.)

RAMON CHICO DE GUZMAN.

REVISTA LÍRICA.

La primera ópera cantada en el teatro Real ha sido *La Forza del Destino*, del maestro *Verdi*, cuya ejecucion estaba encomendada á las señoras *Marchisio* y á los *Sres. Fraschini, Storti, Di Bassini y Medini*.

La empresa no ha estado muy feliz en la eleccion: *La Forza del Destino* carece de condiciones para la presentacion de una compañía. No tiene piezas concertantes, no hay en ella ni siquiera un tercetto, y todos los papeles están demasiado altos para que los artistas puedan cantarlos con la confianza y seguridad necesarias al presentarse por vez primera ante un concurso numerosísimo.

El público madrileño ha juzgado ya, á nuestro parecer con acierto, la ópera, no dando grandes muestras de aficion á ella. El libro, arreglado por *Piave*, es de unas dimensiones exageradas; creemos que se podrian suprimir muchas escenas del acto tercero y algunas otras de los demas, sin que la accion perdiese su interés. Los elementos heterogéneos del libro hacen muy difícil la tarea que se impuso *Verdi* al querer darles union y vida con la música.

No negamos que se podría sacar más partido del argumento que el que ha sacado *Verdi*; pero alguna disculpa encuentra éste en la pesadez de la accion y en la falta de piezas concertantes y de escenas apasionadas, que es lo que da vida al género lírico-dramático.

Siete ú ocho piezas tiene *La Forza*, que se distinguen por su bondad entre todas las demas de la ópera. Las restantes, aun cuando encierran algun bello rasgo melódico ó instrumental, son monotonas y de poco gusto. El *preludio* y *romanza* del acto primero, la *preghiera* y *coro* del segundo, así como la magnífica *aria* de *soprano* en el mismo; la *romanza* de tenor con que principia el tercero, el *coro* del *Rataplan*, el *duetto* de tenor y *baritono* del acto cuarto y la melodía final de *soprano* «*Pace, pace, mio Dio*,» son todas piezas bastante originales, ricas de instrumentacion la mayor parte, de un carácter bien marcado y de un hermoso efecto. La idea de los dos motivos enlazados en el *preludio*, atendido el diverso género que los distingue, es caprichosa y de novedad. En cambio, debemos decir que la *melodía* última de *soprano*, aunque de un gusto muy delicado, no tiene la unidad indispensable en una melodía sencilla; está escrita en periodos, bellísimos todos, pero cuyo enlace por medio de los arpeggios propios del instrumento en que se ejecutan, parece rebuscado y falto de naturalidad. La pieza culminante de la ópera, por su situacion simpática y su música tan dramática como bien instrumentada, es el *aria* de *soprano* «*Madre piatosa Virgine*.» En ella todo es gran-

dioso, todo bien caracterizado, todo de un efecto que agrada y conmueve desde la vez primera que se oye. La parte de Leonor, la instrumentacion que acompaña, los coros de religiosos, la union de estos con la *soprano*, todo, en fin, contribuye á que esta *aria* sea una pieza admirable.

Réstanos ahora decir que los defectos del *libretto* se han reflejado en la música del maestro *Verdi*, y que ésta no tiene en su conjunto un carácter determinado. No se ve en ella el género dulcísimo de *Bellini*, ni el grave y científico de *Meyerbeer*, ni siquiera el gracioso y ligero de *Auber*. Tiene tomado algo de todos ellos; pero su autor fluctúa indudablemente, y busca otra cosa distinta de la que ha hecho hasta el día; el *Verdi* de *I due Foscari* no es ciertamente el mismo que en *Luisa Miller*, y el de ésta difiere notablemente del que ha compuesto la *Forza del Destino*.

Mientras no desaparezca esa indecision que se observa en *Verdi* y hasta que logre crearse un estilo más caracterizado, no es de extrañar la frialdad con que el público acoge la *Forza del Destino*, ópera cuyas condiciones no son, como dejamos espuesto, para aspirar á otra cosa. Hé aquí explicada una de las causas de su resultado. La otra, que pasamos á tratar ahora, ha sido por falta de acierto en el reparto de los papeles.

Las señoras *Marchisio* son dos artistas apreciables, pero que no pueden lucir en unas partes que no son de su carácter y en las que están siempre espuestas á dar una caída. No diremos que las señoras *Marchisio* la dieran; pero la encargada del papel de *Leonor* se fatiga, y tiene por precision que desafinar en alguna de las notas agudas que con tanta frecuencia ha de hacer oír.

La que desempeña el papel de *Preciosilla* se halla violenta en él; pero, en obsequio de la verdad, diremos que la *signora Barberina Marchisio* conservó en toda la ópera una afinacion correctísima. Mas, ¿cómo siendo un fuerte *mezzo soprano* el papel de *Preciosilla* se ha encomendado á esta artista que tiene una legítima y bella voz de *contralto*, y que por más que la estension de su voz sea grande, no debe desempeñarle?

Con razon se ha dicho que fueron victimas en la *Forza del Destino* las señoras *Marchisio*; y nosotros añadiremos, que por su bien, por el del público y por el de la empresa misma, se las considere como corresponde y no se las esponga á salir desairadas en sus papeles, en contra de lo que á su mérito se debe.

El tenor *Fraschini*, por más que se le haya recibido con cierta frialdad, es de los pocos artistas que pueden ejecutar la parte de *D. Alvaro*, y hay que conocer que si la obra no alcanza mejor éxito, ninguna culpa tiene en ello. Su voz clara, *poderosa* y de un timbre sonoro, con especialidad en las notas altas, no decae á pesar de los años que lleva ejercitándola. En la escena no es apasionado, su garganta no se presta mucho á la ejecucion, efecto tal vez de estar tres ó cuatro horas cantando siempre en los últimos *peldaños* de la escala vocal del tenor; pero, sin embargo, en la *romanza* con que empieza el acto tercero, y en el *duetto* del último acto con el *barítono*, está el *Sr. Fraschini* á una altura envidiable.

El *barítono Sr. Storti*, si bien no posee una voz muy llena, canta con entusiasmo y con gran deseo de agradar. Los esfuerzos que para esto hace en el *allegro* del *duetto* con que finaliza el acto tercero, por haber suprimido su última pieza, son dignos de mejor recompensa por parte del público.

El *Sr. Di Bassini* es un artista de gran reputacion, pero se conoce, en su voz cansada, lo mucho que lleva cantado. La parte de fray *Melitone* la desempeñó de una manera deliciosa, y con ella se dió á conocer como excelente cantante y como un actor notable. Tambien el *Sr. Medini* agradó bastante por su voz llena y simpática, y por sus buenas maneras en el grave papel del *guardian*.

Los coros á veces bien, á veces medianamente. Les elogiamos con gusto por el perfecto desempeño del *Rataplan*, que siempre han tenido que repetir, pero no podemos hacer lo mismo con el coro *Venite adoremus* del segundo acto, en que estuvieron bastante desafinados.

La orquesta, en general, muy bien, aunque en el *preludio* tuvo un pequeño retraso. El *solo* de *clarinete*, que el *Sr. Ficher* ejecutó con grande claridad y maestría, en el principio del acto tercero, fué con justicia muy aplaudido.

Las noches que se ha repetido *La Forza del Destino* ha habido más igualdad en el conjunto.

Después de esta ópera se han puesto en escena la *Saffo*, del maestro *Pacini*, y *Romeo é Giulietta*, ó por otro nombre, *I Capuleti é di Montechi*, del maestro *Bellini* los dos actos primeros, y el último (según la division del teatro) de *Vaccaj*. En ésta tomaron parte las señoras *Sonieri* y *Biancolini*, y los *Sres. Palermi, Medini*, y *Padotani*, y en aquella las señoras *Borghì Mamo*, *Barberina Marchisio*, y los *Sres. Naudin* y *Varconi*.

La ejecucion de la *Saffo* ha sido esmerada, y sólo sentimos que en ella se introduzca algun trozo que, según creemos, no pertenece á la obra, y que se hagan varios trasportes que siempre quitan brillantez á las piezas y dificultan su ejecucion. Los artistas deben mirar con mucho detenimiento estas innovaciones, antes de resolverse á hacerlas. Lo mismo decimos de los *cortes* que se han dado, tanto en esta ópera, como en *Romeo é Giulietta*.

La señora *Borghì*, que tuvo á su cargo la parte de *Saffo*, es siempre la grande artista, por más que su voz no esté tan fresca como la última vez que cantó en el *Real*. La señora *Marchisio* salió haciendo de *Climene*, y dió á comprender que este era su papel y no el de *Preciosilla*. Así es que lució su hermosa voz, lució su estilo correcto, lució sus dotes especiales de notable artista. ¿Qué diremos en obsequio del *Sr. Naudin*, que no sea corto elogio para lo que de justicia se merece? El *Sr. Naudin* por su estudio ha conseguido, sin grandes dotes naturales, llegar á ser un cantante de primer orden. Las distinciones que le han hecho grandes maestros, la estimacion que le han dispensado los públicos más inteligentes, y, sin atender á esto, lo que nosotros hemos oído, da á conocer la verdad de nuestra aseveracion. Su puro estilo de canto, su naturalidad, su senti-

miento y sus maneras dignas en las tablas, nos entusiasman de tal modo que, sin desconocer que no tiene una voz tan privilegiada como otros tenores famosos, le preferimos sin titubear á muchos de ellos.

El Sr. *Vartoni* se distingue por la igualdad de su voz y por el buen método en su manera de cantar.

El *duetto* «*di quai soavi lagrime*,» el *final* de la parte ó acto segundo, *aria de tenor* del tercero y *final* de éste, fueron las piezas mejor ejecutadas y que más efecto causaron.

Romeo é Giuletta no ha tenido la misma suerte que *Saffo*. El público no ha quedado satisfecho de esta obra por los elementos con que ha sido ejecutada.

La *señora Sonieri* tiene una voz débil y desigual aunque agradable en algunas partes de su estension. Su modo de cantar no es malo, si bien un poco exagerado.

El Sr. *Palermi* es un tenor á propósito para desempeñar papeles como el de *Tebaldo*, pero le falta la maestría necesaria para sacar el partido que le ofrece su voz agradable y pastosa, y su flexible garganta. Con estas tan buenas condiciones podrá, si trabaja para ello, alcanzar lauros merecidos en su carrera artística.

El Sr. *Medini*, aunque nos agradó menos que en *La Forza*, cantó con desembarazo y energía.

Al Sr. *Padovani* le aconsejamos el cuidado en la buena pronunciaci6n.

A propósito hemos dejado á la *señora Biancolini* para lo último, porque esta jóven artista bien merece un párrafo separado. La *señora Biancolini* es adorable, como dirian nuestros vecinos los franceses. Tiene todas las cualidades de una artista distinguida y podrá conseguir mayor renombre. Una voz clarísima, grande estension, bajos dulces y llenos, sentimiento, naturalidad, buena ejecucion, inteligencia en el canto, desembarazo en la escena y una pronunciaci6n que nada deja que desear. Si se agrega á esto su esbelta figura, ¿qué no será dentro de algunos años, en los que adquiera la práctica que precisamente la ha de faltar hoy, á causa de su poca edad y corta carrera artística? La empresa del teatro Real ha hecho sin duda una gran adquisici6n contratando á la *señora Biancolini*.

Las piezas que más satisfechos dejaron á los espectadores fueron aquellas en que esta última artista tomó parte.

El servicio de la escena en las tres óperas de que hemos hablado, no merece á la verdad grandes elogios.

La empresa ha hecho mejoras en el adorno de algunos departamentos del teatro, por lo cual la felicitamos.

El temor de alargar demasiado esta revista, nos hace suspender, hasta la próxima, el juicio que íbamos á emitir sobre la ejecuci6n del *Poliuto*.

J. ILDEFONSO JIMENO.

VARIEDADES.

El 12 del actual tomó posesi6n de la cátedra de dibujo del Instituto de Ciudad-Real el jóven y aventajado pintor D. Antonio Galbien. Tanto este profesor como sus

compañeros agraciados en las oposiciones para la provisi6n de las cátedras de otros institutos, verificadas últimamente en esta corte, han demostrado que pertenecen á esa nueva raza de pintores llenos de actividad, de inteligencia y de fe, á cuya cabeza figuran los nombres ya esclarecidos de Gisbert, Casado, Sans y otros muchos, cuyas obras han obtenido el aplauso y la admiraci6n del público en las últimas Esposiciones de Bellas Artes.

**

Ha llegado á esta corte, procedente de Barcelona, el distinguido compositor D. Gabriel Belart. Sabemos que tiene compuesta la música de una zarzuela, que añadirá otra hoja á la corona conquistada con *Amor y Arte*, *El Rapaci6n de Candás*, etc. Mucho deseamos que haya pronto ocasi6n de admirar una vez más el talento de uno de los más notables compositores españoles.

**

De unas flores José Amores
Nos quiso contar un cuento,
Estaban secas las flores
Y en vez de un ramo, señores,
Nos resultó un cocimiento.

**

El viernes se estrenó en el teatro de Jovellanos el drama del Sr. Hurtado, *Sueños y realidades*. Debien-do hablar de él con detenci6n en nuestra próxima revista de teatros, solo diremos que fué muy aplaudido, y que ha sido puesto en escena con gran lujo y propiedad. El público llamó al autor y á los actores repetidas veces á la escena.

**

Aquí donde la educaci6n artística se halla tan poco generalizada, y es por lo regular tan incompleta, hacen suma falta obras que como la de D. Francisco de P. Van-Halen, titulada *Panorama artistico universal*, tiendan á popularizar conocimientos útiles á todos, pero con especialidad á los artistas.

Por todo lo no firmado, JOSÉ TEULON.

EL ARTE.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	4 reales.
Id., trimestre.	10
Provincias, trimestre. . . .	12
Estranjero, trimestre. . . .	16
Ultramar, semestre.	2 1/2 pesos.
Redacci6n y Administraci6n, Santa Catalina, 12.	

EDITOR RESPONSABLE: ELADIO LEZAMA.

MADRID, 1866:

Imprenta de J. Fernandez y compaíia, Santa Catalina, 12.